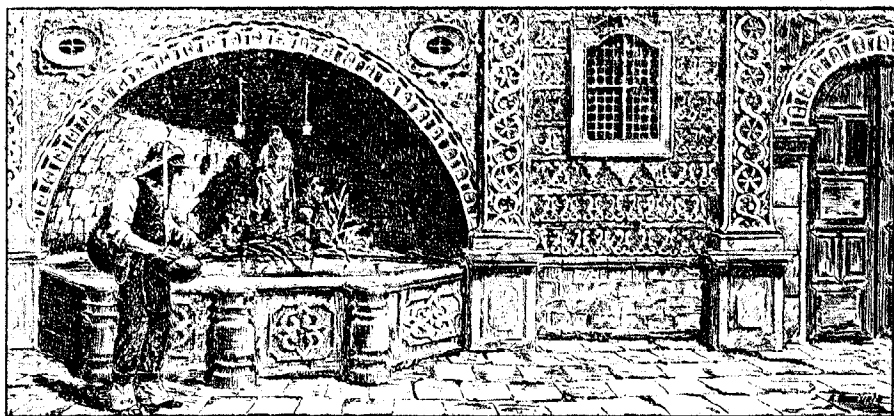


TRADUCCIONES Y PARÁFRASIS  
EN LA LITERATURA MEXICANA DE LA ÉPOCA DE LA INDEPENDENCIA

Por Pedro Henriquez Ureña

BIBLIOTECA CENTRAL DEL  
INSTITUTO NACIONAL DE ANTROPOLOGÍA E HISTORIA  
CIUDAD DE MEXICO





«Lo que faltaba en México y en Lima —ha dicho don Marcelino Menéndez y Pelayo, con grande exactitud, refiriéndose al siglo XVIII,— no era caudal de ciencia, sino crítica y gusto.» La observación no pierde fuerza al aplicarse a los comienzos del siglo XIX en México: en muchos escritores de la época se advierten cultura relativamente extensa y escaso gusto. Un servil apego a las reglas de los preceptistas pseudo-clásicos formaba singular consorcio con un mitigado *culteranismo* (al cual, hay que confesarlo, se deben en esta época elegancias de estilo poco comunes entre los secuaces del gusto académico: así en las poesías del matemático Joaquín Velázquez de León, de José Agustín de Castro, de Juan de Dios Uribe). Los literatos leían a Aristóteles y a Horacio, y el *Diario de México* publicaba extractos de Lessing y de Winckelmann; pero ni se sabía interpretar a los antiguos, ni la voz pujante de renovación lanzada por el genio alemán, aunque llegó hasta aquí, encontró eco. La crítica literaria, de la cual hay bastantes muestras en el *Diario*, era pobrísima en ideas (ejemplos: Beristáin en su *Biblioteca* y en artículos del *Diario* firmados *El Ex. D. P.*; Barquera en diversos periódicos; Francisco Maniau Torquemada en su fallo como juez del concurso teatral de 1806; José María Terán, en su ataque al *Periquillo Sarniento*; el mismo *Pensador Mexicano*, en las disparatadas observaciones críticas incidentales de sus escritos).

Pero el estudio de los antiguos era constante (el del latín era imprescindible en toda educación), y no cabe duda de que a él deben

buenas cualidades de estilo escritores de la época: Ochoa, Navarrete, Quintana Roo. <sup>1</sup> En latín se escribía mucho, especialmente inscripciones y epigramas en ocasiones solemnes (tales como la exaltación de Carlos IV al trono en 1790, la jura de Fernando VII en 1808, la entrada y la muerte de virreyes y arzobispos), poemas (los componían Mociño, los Larrañaga, Sartorio y otros), y sermones: los hay, por ejemplo, del P. Díaz Ortega, del doctor Peña Campuzano, del P. Vasconcelos y Vallarta. Los trabajos científicos solían escribirse aún en latín (así los del ya citado Mociño). En 1748, el mexicano Pedro Rodríguez y Arizpe había publicado una *Instrucción para hacer versos latinos*, que fué reimpresa en 1806: señal de que había demanda. Posteriormente, Manuel Calderón de la Barca publicó unos *Preceptos de latinidad*, en verso.

Los jesuitas mexicanos fueron consumados latinistas (apenas es necesario recordar a Abad y Alegre); no desmentían la regla los que sobrevivían al entrar el siglo XIX, en Europa o en México, como el teólogo Iturriaga y el biógrafo Maneiro.

Se comprende que el estudio constante de la lengua y los autores del Lacio llevara a los mexicanos a traducirlos con frecuencia, y, en efecto, las traducciones de obras clásicas abundan.

En primer lugar, por el orden cronológico y por la cantidad, deben ser mencionados al respecto los hermanos Bruno y Rafael Larrañaga, últimos latinistas del tipo colonial puro, ya desmedrado: autores de poemas latinos; zurcidor, el uno, de un centón de versos de Virgilio combinados para producir una *Margileida*, poema cristiano en elogio de Fr. Antonio Margil; traductor infeliz, el otro, de toda la obra virgiliana. De otro mexicano anterior a los Larrañaga, Toxica, se dice que emprendió una traducción de Virgilio, la cual no llegó a ver la luz; y el P. Abad había traducido varias églogas.

Pero estas versiones pertenecen al siglo XVIII, si bien los hermanos Larrañaga vivieron hasta ya entrado el siglo XIX. De Virgilio no vuelve a encontrarse una versión en México hasta 1830: los cuatro libros primeros de la *Eneida*, puestos en prosa castellana por Carlos María de Bustamante. No es de creer que el fecundo escritor político hubiera olvidado el latín: consta que su educación fué variada, como correspondía a un bachiller en artes y licenciado en derecho; además, el escrupuloso García Icazbalceta cita hasta el nombre del profesor de gramática latina que tuvo Bustamante, y menciona el hecho de que éste se hizo simpático al Virrey Azanza por una inscripción en latín. ¿Cómo, pues, al dar a luz una versión de cuatro libros de la *Eneida*, para uso de escolares, a fin de facilitarles la inteligencia del texto virgiliano, declara Bustamante haberse

<sup>1</sup> Menéndez y Pelayo ha señalado dos reminiscencias de Horacio (odas XII, lib. I, y IV, lib. IV) en la *Silva Diez y seis de septiembre* de Quintana Roo.

servido de la versión francesa de Leblond, y sólo se le ocurre pedir perdón por no saber bastante francés? Sólo cabe suponer que las múltiples actividades que absorbieron su tiempo desde su juventud le hicieron abandonar durante treinta años la práctica de la lengua sabia, y que en 1830 le era más fácil traducir la prosa francesa que el verso latino. Claro es que esta versión para escolares, hecha durante un receso de labores legislativas, apenas puede ser tomada en cuenta como trabajo literario: toda ella es infiel y redundante, plagada de errores fáciles de comprobar. <sup>1</sup>

De cuando en cuando aparecen intercalados y subrayados pasajes de la traducción en prosa del P. Moya que fué malamente atribuída a Fray Luis de León, y de la versificada, *ad usum Delphinis*, de Iriarte.

Pero nunca es en vano el trato con los grandes maestros; y Bustamante, de suyo escritor incorrecto y desordenado, aunque pintoresco y con sus puntas de imitador de Cervantes, logra en esta versión cierta dignidad de estilo que, si todavía queda muy lejos de Virgilio, está por encima de la forma usual en el autor del *Cuadro histórico de la revolución mexicana*. Hay en ella, sobre todo, un vago sabor arcaico que hace agradable la prosa considerada en sí misma. El comienzo dará idea del conjunto:

«Yo soy el mismo que en otro tiempo hice resonar estas campiñas con mi sutil zampoña, y que ha venido a estos bosques para enseñar al labrador codicioso el arte de formar la tierra a que cumpla sus deseos, y en este mismo lugar ha gustado de oír mis lecciones; mas ahora canto las hazañas guerreras de un héroe que, perseguido primeramente por los destinos enemigos, y precisado a huir de la ciudad de Troya, llegó a Italia a las márgenes del río Lavinio. Hecho por mucho tiempo objeto de la venganza de los dioses, y provocado por resentimientos de la implacable Juno, corrió mil riesgos y peligros por mar y tierra. ¡Cuántos contrastes con todos los horrores de la guerra no tuvo que sufrir, cuando estableció sus dioses en el Lacio, zanjó los cimientos de una ciudad que ha sido la cuna del imperio de los latinos, y donde salieron los reyes de Alba y los fundadores de las altas murallas de la soberbia Roma!»

«¡Musa! Descorre a mis ojos el misterio de esta persecución. Díme: ¿qué divinidad ha sido ofendida? ¿Por qué causa, irritada la reina de las diosas, suscita tan terribles vicisitudes y contradicciones, y expone a tan eminentes peligros un héroe distinguido por su piedad? Los dioses también se entregan a los crueles resentimientos. . . . .»

<sup>1</sup> Por ejemplo, a Epeo, constructor del caballo de Troya, le llama *inventor de la estratagema* (canto II).

\* \* \* \*

Horacio fué, como debía esperarse, el poeta más traducido; hecho que ignoró don Marcelino Menéndez y Pelayo al escribir su *Horacio en España*, pues no cita versiones mexicanas anteriores a las de José Joaquín Pesado.

Aparte de la versión del *Beatus ille* por el P. Alegre, en bien modulados endecasílabos, reproducida en el *Diario de México* (8 de agosto de 1809), aparecen en éste y otros periódicos muchas traducciones de Horacio por poetas distinguidos unas veces, otras por versificadores ya olvidados. Casandro de Rueda y Barañejos tradujo el *Pindarum quisquis* (*Gazeta de literatura*, de Alzate, 31 de enero de 1792); Ochoa, tres odas (XIII, XXX y XXXVIII del libro I las incluyó en las *Poesías de un Mexicano*, con errores de numeración)<sup>1</sup>; Sánchez de Tagle, la oda a Mecenas (*Diario*. 1º de noviembre de 1809: en la edición de sus *Poesías* declara haber traducido otras muchas cuando no conocía sino las pobres versiones del jesuíta Urbano Campos, pero nunca publicó, que sepamos, sino la citada); José Agustín de Castro, trozos del *Arte poética* (volumen de *Poesías humanas*); Francisco Ortega, la oda *Pastor quum traheret*, modelo de la *Profecía del Tajo*, en estilo reminiscente de Fray Luis de León (tomo de *Poesías*).

Hay otras versiones, hechas por poetas no identificados, bastante correctas en general: de J. J. Z., el *Beatus ille* (*Diario*, 17 de marzo de 1808) y la oda *Diffugere nives* (*Diario*, 25 de agosto de 1808); de J. M. de C., la oda *Otium divos rogat* (*Diario*, 30 de enero de 1815) y la *Pastor quum traheret* (6 de febrero de 1815); de J. M. y V., la misma *Pastor quum traheret* (20 de febrero de 1815).

Se distinguen como pulcras, entre estas versiones, las de Ochoa:

Los aparatos pérsicos no quiero;  
Ni las coronas con esmero insignes  
Ni el sitio busques, do exquisita rosa  
Tarda se críe.  
Procuro sólo que al sencillo mirto  
Nada le añadas: tanto a ti que sirves  
Bien está el mirto como a mí que bebo  
Bajo las vides.  
(*Persicos odi. . . .*)

1. Sigo la edición de Patin para la numeración.

La versión de Ortega ofrece interés por su apego al molde de Fray Luis:

... En hora malhadada  
Llevas al patrio hogar a la que un día  
Reclamará toda la Grecia armada,  
Castigando severa tu adulterio  
Y arruinando el troyano antiguo imperio.  
¡ Ah, cuánto de fatigas  
Preparas a caballos y a guerreros!  
A la patria infeliz ¡ cuántos estragos!  
Ya apresta el carro, y el morrión y escudo,  
Y atiza Palas los rencores fieros...

Las otras dos versiones firmadas con iniciales, de la misma oda, son inferiores a la de Ortega (especialmente la de J. M. y V.), y siguen también, aunque más de lejos, el modelo *leonesco*:

... En vano defenderte  
Querrás, en tu palacio guarecido,  
De la saeta fuerte,  
Del belicoso ruido,  
Y de Ajax que te sigue enfurecido.  
Mas tu cabello fino  
Con tu sangre ha de ser teñido: advierte  
Que Teucro el Salamino,  
Néstor, Ulises fuerte,  
Y Esténelo, serán de Troya muerte...  
Mira a Merión, y mira  
Que Diomedes te sigue ardiendo en ira;  
De quien tú afeminado  
Te has de huír, como el ciervo, en la sorpresa  
De ver al otro lado  
Del valle al lobo, cesa  
De pastar por huír a toda prisa...

(J. M. de C.)

No muy correctas ni fieles en las imágenes, pero sí en las ideas, son las traducciones de J. J. Z.:

Ya las nieves huyeron,  
Y a nuestros campos vuelven

Las gramas; ya se viste  
 Frondoso el árbol su guedeja verde. . . . .  
 Ya la desnuda Gracia,  
 En coro con las ninfas,  
 Y con sus dos hermanas,  
 Cantos entona llenos de alegría. . . . .

(*Diffugere nives.*)

Sobresale entre todas, por su redundancia, la traducción de trozos del *Arte poético* por José Agustín de Castro. Horacio se vuelve un gongorino retrasado y los cinco primeros versos de la epístola se convierten en estos doce:

Si acaso algún pintor tal vez quisiera  
 Sólo por diversión perder un rato,  
 Haciendo delirar al colorido  
 El confuso desorden de sus rasgos,  
 Y en preparado lienzo dispusiera  
 Un rostro de mujer, mas tan extraño  
 Que, en cuerpo descollando de vestiglo,  
 Con cerviz se advirtiese de caballo;  
 Añadida al espectro, de otros brutos  
 La deforme fealdad, y este traslado  
 Enseñase el pintor a sus amigos  
 ¿Podrían la risa contener acaso?

También tiene esta versión reminiscencias de la de Vicente Espinel.

La obra maestra de las versiones clásicas hechas por poetas mexicanos en este período es, sin disputa, la de las *Heroidas* de Ovidio por el P. Anastasio de Ochoa; labor de verdadero humanista que por momentos se equipara a la que realizó Diego Mejía sobre la misma obra latina, aunque en conjunto cede la palma a la del viajero andaluz. Caso singular: Ochoa tradujo toda la obra en romance endecasílabo (forma que le permitía mayor exactitud que una rimada en consonantes), pero además tradujo en tercetos, como Mejía, la heroída de *Ariadna a Tesco*, y esta versión es superior poéticamente a cualquiera de las asonantadas. La traducción completa, aunque menos brillante, y afeada por largos pasajes correctos pero de escaso vuelo, y a ratos por expresiones prosaicas, tiene sin embargo grandes bellezas. Nadie, entre los mexicanos de su tiempo, poseía la percepción que él, siquier escasa, de la belleza antigua, por lo menos en la poesía latina, única en que se ocupó. En sus mejores pasajes, logra reproducir el *tono* de las ideas y de los sentimientos antiguos no menos que la clara y pulcra viveza de las imágenes, sin acudir, como tantos



otros, a la imitación de la *manera* con que los poetas castellanos de los siglos de oro interpretaron a los latinos. Son de notar las herofidas *Penélope a Ulises* y *Briseida a Aquiles*, la una por su suave y hondo sentimiento de hogar, la otra por su dulce entonación sumisa.

De la primera:

Penélope, tu esposa desdichada,  
¡Oh tardo y perezoso Ulises mío!  
Esta te escribe; pero no respondas:  
En lugar de respuesta vén tú mismo.

Ya Troya, justamente aborrecida  
De las jóvenes griegas, ha caído:  
¿Y qué importa Priamo y toda Troya  
Para que así te escondas fugitivo?

¡Oh, si cuando el adúltero llevaba  
Hacia Lacedemonia sus navíos,  
Las irritadas ondas en su seno  
Hubieran al infame sumergido!

Ni yo yaciera miserable y sola  
En el desierto lecho en que me miro;  
Ni me quejara yo de que los días  
Caminen tan pesados y tardíos;

Ni, en fin, para engañar en algún modo  
De las eternas noches el fastidio,  
Me fatigara en ellas con la tela  
En que mis viudas manos ejercito. . . . .

Vencida Troya, ignoro lo que temo;  
Pero lo temo todo a un tiempo mismo;  
Y así un campo espacioso y dilatado  
A todas horas se abre a mi martirio.

Cuantos peligros tiene el ancha tierra,  
Y cuantos tiene el mar en sus abismos,  
Otros tantos motivos y ocasiones  
De tan larga tardanza me imagino. . . . .

Estos mis votos son, y estos los votos  
De Filetio el pastor, boyero antiguo;

De la anciana nodriza, y finalmente  
De nuestro fiel Eumeo, el porquerizo.

El anciano Laertes, como inútil  
Para las armas, sin esfuerzo y brío,  
Sostener tus derechos ya no puede  
En medio de tan tercos enemigos.

Las fuerzas de Telémaco, muy tiernas,  
Crecerán con la edad, ya que está vivo:  
Edad que tú debieras ciertamente  
Cuidar y sostener con tus auxilios. . . . .

Mírame en fin a mí, que, si era joven  
Cuando te vi partir, será preciso  
Que a tu vuelta, aunque pronta, ya me encuentres  
Tal vez cual una anciana, Ulises mío.

En la heroída de *Hipermenestra a Linceo*, bien versificada, está vertido con elegancia el pasaje sobre Ío convertida en vaca:

La desdichada, del paterno río  
Se paró en las riberas, y al mirarse  
En sus líquidas ondas, ve espantada  
Que ajenas astas en la frente trae.

Quiso quejarse luego, y su querella  
En mugido se torna entre sus fauces,  
Y atónita quedó de su figura,  
Y atónita quedó de su lenguaje.

¡Ah! ¿Por qué te enfureces, infelice?  
¿Por qué admiras la sombra de tu imagen?  
¿Por qué cuentas tus pies, si antes hermosos,  
Ya toscos, peregrinos y salvajes?

La terrible rival de la gran Juno,  
La que la envidia fué de las beldades,  
Ya con el pasto del humilde césped  
Y con la grama vil mitiga el hambre.

Agua bebe en las fuentes, azorada

Al mirar su figura en los cristales,  
Temiendo que las armas de su frente  
A sí misma la hieran y maltraten.

La que tan rica fué, que no fué indigna  
De Jove, que preside a las deidades,  
Yace desnuda en la desnuda tierra,  
Único lecho que le dan los valles.

Por los mares, los prados y los ríos  
Huyendo de sí misma vaga errante,  
Y los mares, los ríos y los prados  
Ancha senda le dan por donde pase.

¿Mas a qué tanto afán? ¿A qué la fuga?  
¿A qué vagar por dilatados mares,  
Si doquiera que vayas ¡oh infelice!  
No has de lograr, cual buscas, evitarte?

¿A dónde te apresuras, si tú misma  
Eres la fiera de que huyendo partes,  
Y eres tu compañera ora camines,  
Y eres tu compañera ora te pares?

A más de las *Heróidas*, tradujo Ochoa, de Ovidio, un pasaje del libro I de las *Metamorfosis* (*La edad de oro*) y dos versos del libro I de los *Fastos* (*In pretio pretium nunc est...*), comentando largamente estos últimos en versos eptasílabos.

De Ovidio no se encuentran, por entonces, fuera de los tomos de Ochoa, sino dos insignificantes versiones de un mismo pasaje del libro I de *Los amores* (*Pectoribus mores tot sunt...*) en el *Diario de México* (29 de junio de 1807).

Es interesante encontrar una traducción de los versos de Catulo a Furio (oda XXIII), siendo Catulo, por difícil, poeta rara vez traducido:

Dichoso Furio, que ni siervos tienes,  
Ni chinches molestísimas, ni arañas,  
Ni cierto hogar, ni bienes;  
Empero un padre solamente, y una  
Madrastra afable cuyo diente crudo  
Triturar puedo el pedernal agudo...

... No los pérfidos venenos,  
 No las voraces llamas os alcanzan,  
 Ni aviesos casos de fortuna varia  
 En su rueda fantástica y voltaria.  
 La ruina asoladora, el ensañado  
 Golpe de muerte prematura y fiera,  
 Ni muda vuestra faz, ni de su eterno  
 Ser, vuestro alegre imaginar altera...

(P. M., *Diario*, 11 de abril de 1815).

Hay en el *Diario de México* una que otra versión de Marcial: dos por J. J. Z. (21 de mayo de 1808 y 6 de diciembre de 1811), y una por J. J. C. (15 de agosto de 1815); una de Séneca (anónima, de los versos *Cura, labor, meritum...*, 30 de abril de 1807). Además, Navarrete tradujo versos de Galo y Ochoa de Alciato.

No faltaban versiones de latinistas modernos. El P. Abad fué el más favorecido: Fray Diego Miguel Bringas Encinas tradujo todos los *Heroica de Deo Carmina*; Ochoa, la introducción y el poema *Dios es uno*; Sartorio dos cantos; Barquera otro canto. Además, en el *Diario* aparece (22 de abril de 1810) traducido el poemita que comienza *Ego dormivi...*, por un versificador anónimo e incorrecto.

El mismo Ochoa tradujo las *Elegías* del P. Remond y las incluyó en la colección de sus *Poesías*; así mismo, la tragedia *Penélope* del jesuita Fritz, la cual quedó inédita.

A través del latín, sin duda, se traducía o imitaba a los griegos y a la Biblia. Se dice que Juan María Lacunza versificó todos los Salmos (sólo algunos se publicaron); también parafrasearon algunos Sartorio, Quintana Roo, Sánchez de Tagle y Pablo de la Llave.<sup>1</sup> En el *Diario* (1808 y 1809) se encuentran muchos versos bíblicos, con frecuencia prosaicos, pero en ocasiones enérgicos, de un poeta que firma Gz. o P. P. G. y se inspira en el Libro de Job, en los Salmos, en las Profecías de Isafas, en el Eclesiastes. La poesía litúrgica era también castellanizada por los poetas, especialmente por Sartorio, quien versificó centenares de himnos eclesiásticos.

De los griegos sólo Safo fué traducida más de una vez: la incomparable oda conservada por Longino aparece en dos versiones, en el *Diario*, con pocos días de diferencia: una, anónima (26 de marzo de 1815); otra, firmada Y. B. (4 de abril). Además, la oda a Venus, anónimamente (8 de julio del mismo año). Esta última tiene alguna elegancia:

<sup>1</sup> V. José María Roa Bárcena, *Obras*, edición Agüeros, tomo IV, biografía de Pesado; pág. 67, nota.

Un tiempo al poderoso  
Padre dejaste, y la mansión dorada  
Del alto Olimpo hermoso,  
Y, tirado tu carro delicioso  
De las gentiles aves,  
Con presto movimiento atravesaba  
El aire, y yo observaba  
De mi florido bosque silencioso  
El batir de sus alas sonoro. . . .

Navarrete, no sabiendo quizá el griego, traduce del latín el epigrama *El amor arando*. La oda anacreóntica *La visita de Eros* aparece traducida en el *Diario*, con la firma A. P. Z. (23 de enero de 1806). Ninguna otra de las anacreónticas griegas parece haberse traducido entonces en México, pues la versión que aparece en el *Diario*, con fecha 20 de enero de 1806, debe de haber sido hecha en España, y el *Himno de Anacreón* que tradujo Sánchez de Tagle es de Barthélemy (*Viaje de Anacarsis*).

Entre los idiomas modernos, el más conocido era ya el francés: do él traducían Sartorio (varias obras que Beristáin indica y quedaron inéditas); Ochoa (Boileau, Bertin; traducciones perdidas: Fénelon, Racine, Beaumarchais); Sánchez de Tagle (Jean Jacques Rousseau, Voltaire, y en sus últimos años Lamartine); Ortega (Rousseau y Lamartine); Juan José Lejarza (Boufflers). Del libertador Hidalgo se dice que se entretenía en traducir a Racine; de doña Leona Vicario consta que estaba traduciendo el *Telémaco*, poco antes de ser procesada; Fr. Servando Teresa de Mier, por último, fué el primer traductor castellano de la *Atala* de Chateaubriand, según él mismo declara en su autobiografía. Como él indica la fecha de la edición, debiera buscarse ésta.

Versiones del italiano pueden hallarse en Ochoa (de Petrarca; perdida: de Alfieri); en Sánchez de Tagle (de Metastasio); en Ortega (poesías anónimas; perdida: de Alfieri). Del portugués tradujo Sartorio un *Triduo de San Andrés Avelino* (impreso, según Beristáin, en 1809) y Ochoa un soneto de Camoens (*Poesías*).

Aunque en el siglo anterior solían hacerse traducciones del inglés (el jesuíta Castro traducía a Milton, Pope, Young), no se continuaban en este período sino poco después de él: Castillo y Lanzas es el primero que traduce a Byron. En México vivía por entonces, sin embargo, un distinguido literato argentino, Juan Antonio Miralla, que poseía a maravilla el inglés y de esa lengua tradujo, en magníficos versos, la clásica *Elegía* de Gray en *el cementerio de una aldea*: antes había traducido del italiano las *Carias de Jacopo Ortis*, de Ugo Foscolo.

